

LOS PROLOGOS DEL *GUZMAN DE ALFARACHE*
EN TANTO CLAVE INTERPRETATIVA DE LA
TOTALIDAD DE LA OBRA

Carmela Zanelli
University of California, Los Angeles

La publicación del *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán en 1599 y 1604 consolida el género de la novela picaresca en la percepción de los lectores de la época, en la medida que propicia reediciones del *Lazarillo de Tormes* al establecer correspondencias con dicha novela anónima, la cual había sido publicada casi cincuenta años antes (1554). En la primera parte del *Quijote* (1605), Cervantes, a través de su personaje Ginés de Pasamonte, se encargaría de consagrar no sólo la figura del pícaro sino del pícaro que escribe las aventuras de su vida. Por su parte, en la novela de Mateo Alemán se percibe una compleja síntesis discursiva que resulta de la combinación del relato retrospectivo de la vida del narrador-protagonista con digresiones moralizantes que de alguna manera refleja la dicotomía escritura-vida sobre la cual discurre el personaje cervantino. Ginés dice que su narración no puede terminar porque su vida aún no ha terminado; sin embargo, Guzmán decide escribir una vez que da por concluida su vida de pícaro tras la experiencia de su “conversión” en las galeras.

Muchos críticos consideran al *Guzmán de Alfarache* como una obra representativa del contrarreformismo dado el volumen de las digresiones

moralizantes¹, y tal parece ser el objetivo propuesto por el autor de la obra en prólogos y dedicatorias al ofrecernos el relato autobiográfico de un pícaro arrepentido. Recordemos, asimismo, el ambicioso primer título de la obra, a saber *Atalaya de la vida humana*; no obstante, el propósito edificante y moralizador de la novela se ve cuestionado por la discutible sinceridad del narrador-protagonista durante el proceso de conversión y arrepentimiento, episodio germen de la totalidad del relato mismo, el cual es presentado discursivamente al final de la segunda parte. El propio Alemán está muy consciente de lo fácil que es perder el “verdadero” propósito del texto, cuando le advierte a su discreto lector: “no te rías de la conseja y se te pase el consejo” (I: 111)².

De esta manera, el objetivo del presente trabajo es observar y contrastar los prólogos y dedicatorias de Mateo Alemán con el “prólogo” de su personaje. Mediante dicho análisis será posible determinar si hay dos propósitos en la obra: uno, el de Alemán y otro, el de su personaje Guzmán. Se tratará de definir si estos dos propósitos son o no compatibles entre sí. Se verá si es posible sostener que el *Guzmán de Alfarache* es una obra cuyo propósito es edificante y moralizador tal como señala Alemán en los textos preliminares a su obra, y afirmar a la vez que la conversión y arrepentimiento del narrador-protagonista son falsas.

La propuesta de análisis se dirige a dos niveles narratológicos; uno de ellos es exterior al mundo narrador mientras que el otro corresponde al mundo narrado mismo. En el primero, se encuentra el personaje histórico Mateo Alemán, en la medida que puede ser objetivado a partir de evidencias textuales tales como prólogos y dedicatorias. El segundo está constituido por el relato de un narrador en primera persona llamado Guzmán, en cual cuenta retrospectivamente su vida. Interesa particularmente el primer capítulo de la segunda parte, el cual funciona a modo de “prólogo” del personaje. Se dará mayor importancia a los prólogos de la segunda parte, dado que en ellos se alude a la recepción por parte del público de la primera parte de la novela. Antes de entrar de lleno en el análisis de estos textos, sería oportuno presentar

-
1. De hecho en la traducción al francés del *Guzmán de Alfarache* realizada por el novelista francés Alain René Lesage (1668-1747), éste omitió todas las digresiones moralizantes por considerarlas demasiado áridas.
 2. En el presente estudio se utiliza la edición del *Guzmán de Alfarache* a cargo de José María Micó correspondiente a 1987. Todas las citas proceden de esta edición; se indicará el volumen con números romanos y las páginas en arábigos.

distintas posturas críticas en torno a la conversión del protagonista, evento que parece fundamental en la construcción del propósito de la obra.

1. EL ESTADO DE LA CUESTION: ¿CONVERSION O DEGRADACION?

El momento de conversión y arrepentimiento de Guzmán habría motivado la necesidad de relatar su azarosa vida de forma retrospectiva. Joan Arias resalta la importancia del episodio de la conversión cuando señala que el narrador de Guzmán no es el pícaro sino el galeote convertido (1); por lo tanto, la conversión en el Guzmán es, para Arias, el punto de partida de la narración y no el punto final (2). De hecho, en la “Declaración para el entendimiento de este libro”, texto preliminar de la primera parte de la novela, Mateo Alemán advierte que su personaje “escribe su vida desde las galeras” (I: 113). Sin embargo, en ningún momento de la obra se habla del momento de la conversión y arrepentimiento como el impulso que habría motivado a Guzmán a escribir el relato de su vida. Carroll B. Johnson llama la atención sobre el hecho de que Alemán no menciona la transformación moral de su personaje en su “Declaración”. El investigador propone dos explicaciones posible para tan importante omisión.

Two hypotheses come to mind, the first being tha when Alemán wrote the preliminaries to Part I in 1598, had not yet decided to have Guzmán repent at the end of Part II ... Or perhaps Alemán knew all the time what he was about, that Guzmán's final conversion is either less than sincere or less than complete, and that the difference between the ethical perceptions of the pícaro as protagonist and as repentant narrator may not be as great as implied. (12)³

Conviene recalcar que tampoco aparece ninguna mención al respecto en el prólogo y en la dedicatoria de la segunda parte. Antes de decidir si efectivamente la transformación sincera del personaje se da, y de definir la importancia que este evento tiene para la totalidad de la obra, conviene hacer un análisis detallado del monólogo interior de Guzmán que precede a dicha

3. “Dos hipótesis se me vienen a la mente, siendo la primera que cuando Alemán escribió los textos preliminares a la primera parte en 1598 no había decidido aún que Guzmán se arrepintiera al final de la parte II ... O quizás Alemán supo todo el tiempo lo que pretendía, que la conversión final de Guzmán no es ni tan sincera o completa, y que la diferencia entre las percepciones éticas del pícaro como protagonista y como narrador arrepentido no sean tan grande como se ha supuesto” (Mi traducción).

transformación. Guzmán señala claramente que ha sufrido un cambio: “En este discurso y otros que nacieron de él, pasé gran rato de la noche, no con pocas lágrimas, con que quedé dormido y, cuando recordé, *halléme otro, no yo ni con aquel corazón viejo que antes*” (II: 506; nuestro énfasis).

Al principio de este monólogo interior, Guzmán señala que a partir de las desventuras sufridas “iba comenzando a ver la luz de que gozan los que siguen a la virtud; “prometiéndolo a partir de ese punto “morir antes que hacer cosa baja ni fea” (II: 505). ¿Y no podría considerarse “cosa fea y baja” delatar la rebelión de sus compañeros de galera? o ¿cabría preguntarse si le quedaba a Guzmán otra salida más que la delación de sus compañeros? En respuesta a la primera interrogante, Joseph H. Silverman apunta que “There is something depressingly sordid in Guzmán’s behavior after his religious conversion ... [It is] his role as a *malsín*, an informer against his own kind, that leads to his imminent freedom” (XV)⁴.

Intentar responder a la segunda interrogante supone establecer si, en realidad, se trataba de una conversión de carácter moral en sentido estricto, o, más bien, de la necesidad del personaje de transformar la opinión que de él se tenía para ser aceptado por su medio social. Ser aceptado por su medio social supone someterse a la autoridad de turno. Es en ese sentido que Guzmán analoga los trabajos que pasa sirviendo a su amo con los sacrificios debidos a Dios: “Buscaste caudal para hacer empleo: búscalo ahora y hazlo de manera que puedas comparar la bienaventuranza. Esos trabajos que padeces y cuidando que tomas en servir a tu amo, ponlo a la cuenta de Dios” (II: 505). Se trata, entonces, de someterse definitivamente a la autoridad⁵. Esta lucha atraviesa todo el relato, el protagonista ha tratado, mediante sus fechorías, de llegar a ser uno de estos señores privilegiados; ahora no le queda más que someterse y bajar la cabeza. Guzmán se dice a sí mismo que para “compara la bienaventuranza” y la “gracia” será necesario servir a su amo “con un suspiro, con una lágrima, con un dolor de corazón, pesándote de haberle ofendido”, sin desampararlo como hizo Cristo con la humanidad al convertirse en “hermano nuestro” (II: 506). Resulta bastante irónica la comparación con Cristo, sobre

4. “Hay algo depresivamente sórdido en el comportamiento de Guzmán tras su conversión religiosa... [Es] su posición de *malsín*, de informante contra su propia clase, lo que lo conduce a su libertad inminente” (Mi traducción).

5. En este sentido, Carrol B. Johnson destaca que la conversión y la reforma, tal como Guzmán las entiende, son conceptos sin sentido en la medida que estos implican tan sólo aceptación de las condiciones de vida tal y como son, del mundo tal y como es (19).

todo, considerando que Guzmán será incapaz de perdonar los pecados de sus compañeros de galera, y menos de sacrificarse por ellos. La muerte de Soto, uno de los líderes de la rebelión que Guzmán delata a las autoridades, supone, para Benito Brancaforte, la necesidad del personaje de acabar con el lado rebelde de su personalidad. Este aspecto tiene que ser aplastado porque Guzmán ha entendido que la única manera de conseguir la libertad es por mediación de la autoridad (124-125)

Según Benito Brancaforte, si la novela terminara en el momento en el que Guzmán hace explícita su transformación, la conversión tendría algún fundamento (67). Es decir, sin incluir el episodio de la delación que supone para el investigador la degradación total del personaje y su incapacidad de establecer una relación humana digna (76-77). Sin embargo, es más importante determinar si esta supuesta “transformación” del personaje implica un filtro moralizante mediante el cual el narrador relata distintos momentos de su vida pasada. Muchos críticos han señalado que la distancia entre los sentimientos y sensaciones del pícaro Guzmanillo y el galeote convertido desaparece en diversas ocasiones. En el momento de la “conversión”, Guzmán había señalado que los trabajos que padece al servicio del capitán le servirán para ponerlos “en la cuenta de Dios” (II:505). No obstante, Guzmán, el galeote convertido, recuerda su estada en casa del cardenal y rememora las comodidades materiales con las que vivía entonces: “Cuando me pongo a considerar los tiempos que gocé y por mí pasaron, no porque se me antoje ni tenga olvidados los trabajos, para que los que agora padezco en esta galera me parezcan mayores o no tales; mas no hay duda que sus memorias estimo en mucho” (I: 415). En otra ocasión, Guzmán recuerda aún con ira que algunos hombres poderosos y ricos escatimaban mezquinamente la limosna: “y aún hoy se me refresca con ira” (I: 420). Los sentimientos de ira y venganza y la necesidad de comodidades materiales aún dominan al convertido galeote y esto es inconsistente con su supuesta transformación moral.

Tras haber presentado argumentos que fundamentan la inconsistencia de una conversión de carácter moral y religioso, parece más plausible coincidir con lo señalado por Alberto del Monte. Para este investigador la experiencia de Guzmán es “una conversión a la norma religiosa y una adhesión a la rutina social ... Al final [Guzmán] no rechaza, sino acepta el mundo tal cual es” (Cit. en Johnson 17). Se trata de abrazar la norma y no el dogma religioso. Por otro lado, la adhesión a la rutina social consiste en el sometimiento del personaje a las jerarquías sociales que toda su vida ha intentado superar. Hasta este punto la “conversión” no apoya el propósito moralizante de la obra

y por ello, será necesario observar con detalle cuáles son los objetivos que presentan tanto Alemán como Guzmán en sus respectivos prólogos.

2. LA IMPORTANCIA DE LOS TEXTOS PRELIMINARES EN EL *GUZMAN DE ALFARACHE*

La importancia del prólogo ha sido debidamente estudiada por A. Porqueras Mayo, quien eleva este tipo de textos al rango de género literario. La definición, ofrecida por el investigador, es la siguiente:

Prólogo es el vehículo expresivo con características propias, capaz de llenar las necesidades de la función introductiva. Establece un contacto —que a veces puede ser implícito— con el futuro lector u oyente de la obra, del estilo de la cual a menudo se contamina en el supuesto de que prologuista y autor del libro sean una misma persona. En muchas ocasiones puede llegar a ser, como ocurre frecuentemente en nuestro Siglo de Oro, un verdadero género literario. (*Género* 43)⁶

Para Porqueras, es indispensable la proyección al lector. Mas aún, el prólogo se convierte en el Siglo de Oro en una especie de confesión íntima (105). Ahora bien, esta confesión supone la proyección de una carga afectiva, la cual puede ser de carácter tanto favorable como desfavorable hacia el lector (150). Estos dos polos están presentes en la división que Mateo Alemán hace entre el *discreto lector* y el *vulgo*. La aparición del vulgo como posibles lectores representa, para Porqueras, un rasgo característico del siglo XVI que se basa en “una actitud filosófica de menosprecio a la masa vulgar” (156).

En el Siglo de Oro no hay confusión entre el prólogo y la *dedicatoria*, como ocurre en los siglos anteriores. De hecho, la mayoría de las veces aparecen ambos. La *dedicatoria* es una recomendación oficial del libro y cumple el papel de protección y defensa (Porqueras 86, 105). El prólogo puede ser también una *declaración*, la cual es, para Porqueras, una “defensa afectadamente humilde” que “suele difuminarse en rasgo explicativos” (137).

A partir de la discusión anterior, es posible advertir que Mateo Alemán decide incluir en la primera parte de su obra todas las opciones que tenía a

6. Los prólogos muchas veces trascienden su función introductoria inmediata y cumple diversas funciones tales como servir como “vehículos doctrinales, ensayos sobre la vida y las letras, audaces manifiestos literarios, documentos polémicos de las distintas banderas ideológicas” (Porqueras, *Manierismo* 4).

su disposición, a saber: una dedicatoria, dirigida “A Don Francisco de Rojas”; dos prólogos, uno, dirigido “Al vulgo”, y el otro, “al discreto lector”, finalizando con una “Declaración para el entendimiento de este libro. “Esta profusión de textos preliminares evidencia una y otra vez un “tono resentido, de pesadilla”, para Brancaforte (143). Alemán pasa de ser un individuo perseguido en la dedicatoria a ser perseguidor en el prólogo al vulgo. Según Brancaforte, esta inseguridad se explica porque el autor está “consciente de la ambigüedad de su obra, temeroso de que el camuflaje se descubra, quiere protegerse bajo las alas de la autoridad de linaje puro” (145-146).

El escarnio del vulgo no es un rasgo privativo de Alemán; ese tono ácido se encuentra también en los textos quevedianos. Sin embargo, es en la dedicatoria donde se perciben las señales de miedo del autor y su necesidad de encontrar protección, las cuales van más allá de las tradicionales fórmulas retóricas (Brancaforte 144).

En la segunda parte del *Guzmán*, se reducen a dos los textos preliminares del autor, a saber, la dedicatoria “A Don Juan de Mendoza” y el prólogo al “Letor”, donde queda suspendida la división anterior entre el vulgo y el discreto lector. El análisis más detallado de estos textos se hará en la siguiente sección. La sección subsiguiente presenta, a modo de hipótesis, la caracterización del primer capítulo de la segunda parte de la obra como un prólogo. En este caso se trata del “prólogo” de Guzmán, el personaje.

2.1. *El prólogo y la dedicatoria de la segunda parte*

En la dedicatoria “A don Juan de Mendoza”, Alemán considera su vida como una contienda, en la cual él es un combatiente desaventajado (Brancaforte 147). Se trata de competir con el autor de la segunda parte del *Guzmán* apócrifo. Sólo al sentirse protegido por la autoridad ilustre, Alemán cree que superará el escollo de enfrentarse a su rival⁷.

En el prólogo al “Letor”, Alemán habla del temor de presentar esta segunda parte porque cree “no haber acertado a cumplir con mi deseo, que de ordinario donde mayor cuidado se pone suelen los desgraciados acertar menos” (II:20). Teme, como es evidente, un resultado contraproducente. Le pre-

7. La segunda parte apócrifa se publicó en Valencia, en 1602 por el valenciano Juan Martí bajo el seudónimo *Mateo Luján de Sayavedra*.

ocupa el hecho de alejarse de aquello que ya tenía compuesto de esta segunda parte para distinguirla de la segunda parte apócrifa. Se dedica, a continuación, a desacreditar al anónimo autor y a desalentar a todos aquellos que quieran seguir su ejemplo.

Destaca que haber hecho que el Guzmán no profesara el estado de religión y terminara “distráido y mal sumulista, fue cortar el hielo a la tela” (II: 22), es decir, abandonar el propósito que se buscaba en este relato. Alemán parece referirse a los bruscos cambios ocurridos en la segunda parte apócrifa, pero podría referirse quizá a su propio relato. De hecho, pocos días antes de ordenarse sacerdote, Guzmán encuentra a Gracia y decide abandonar de forma repentina el camino emprendido. Por cierto, aunque Guzmán era un aprovechado estudiante, no tomaba las órdenes religiosas debido a una vocación sincera. Si Alemán se refiere a su segunda parte, es claro que ha tenido que abandonar el primer propósito que podría corresponder a la necesidad de una verdadera reforma de su personaje.

El verdadero propósito de Alemán tan sólo consiste en “descubrir –como atalaya– toda suerte de vicios y hacer atriaca de venenos varios un hombre perfeto” (II: 22). Es decir, ofrece un antídoto (“hombre perfeto”) a partir del relato de la vida del más ínfimo y miserable de los hombres (“venenos varios”). En la siguiente sección se verá si Guzmán sostiene el propósito de su creador o si lo contradice.

2.2 El “prólogo” de Guzmán

El primer capítulo de la segunda parte del *Guzmán de Alfarache* no sólo cumple con la función introductoria y explicativa propia de cualquier prólogo, sino que cumple con una característica fundamental; el hecho de que Guzmán se dirige a su lector. A este respecto la discusión sobre la naturaleza de los posibles interlocutores de Guzmán ha sido extensivamente estudiada por Carroll B. Johnson, quien afirma que Guzmán no dirige su narración a nadie en particular y dialoga monologando con un *tú* imaginario. Según Johnson, entonces, este *tú* existe fuera de Guzmán sólo en apariencia y es el resultado de la creación del propio personaje (47–48). Angel Delgado Gómez discrepa de lo expuesto por Johnson, cuando propone distinguir entre tres tipos de segunda persona presentes en el texto, el propio Guzmán y dos narratarios: “el lector de ficción por un lado y el sufrido oyente de los sermones por otro” (83). Para Delgado Gómez no se trata en estos dos últimos casos de proyecciones mentales del personaje. Para efectos del presente análisis, considera-

mos que este *tú* con quien Guzmán dialoga en su “prólogo” es un posible lector, dado el carácter anómalo del primer capítulo-“prólogo” en el cual el personaje parece salirse de los marcos de la ficción al estar consciente no sólo de posibles interlocutores sino de aquellos que han accedido a la lectura de la primera parte de su testimonio, como se discutirá a continuación.

Otro rasgo que posibilita que el personaje acceda al carácter de prologuista es la sorprendente conciencia que éste tiene de la existencia de la primera parte de la obra. Finalmente, un prólogo supone, para su autor, conocer la totalidad de la obra; esto es evidente en el caso de Guzmán, quien es el único que habla de su transformación final. De este modo, este capítulo se convierte en una muestra del “Personaje-prólogo”, que Porqueras apunta como manifestación manierista de los prólogos del siglo XVII. De este modo, “el personaje se sale de un libro ... para hablar con el lector, y ello ocurre en géneros no teatrales, como la picaresca, el gran género manierista” (*Manierismo* 9). Porqueras da como ejemplo el tercer prólogo de *La pícara Justina*, sin embargo, el primer capítulo de la segunda parte del *Guzmán de Alfarache* es otro claro ejemplo de este tipo de prólogos por las razones antes expuestas.

La conciencia que tiene el personaje de la existencia de la primera parte del relato resulta sorprendente, ya que supone para éste salirse de las convenciones de la ficción. Guzmán dice que “está hecha la mitad principal de la obra... Y es imperfección y aun liviandad notable comenzar las cosas para no fenecerlas... prometido tengo y –como deuda– debo cumplirte la promesa en seguir lo comenzado” (II: 40-41). Desde el primer capítulo de la primera parte Guzmán es un escritor muy consciente de que está “escribiendo” el relato de su vida, sin embargo, concebir etapas en un accionar que debería ser continuo supone para el personaje trascender los límites impuestos por la ficción. Una situación semejante ocurre en el primer capítulo del tercer libro de la primera parte, donde el narrador hace evidente su conciencia no sólo de que está escribiendo sino de que su relato está dividido en partes. Se trata del momento en el cual Guzmán adelanta claramente la venganza sobre sus parientes genoveses y señala con precisión que ésta ocurrirá “como lo verás en la segunda parte” (I: 383).

Por otro lado, es todavía más sorprendente aún el hecho de que Guzmán conozca lo que sus receptores ya han dicho con respecto a la primera parte del relato de su vida, puesto que es imposible que conozcan la segunda parte. Guzmán señala al respecto que “[m]uchos creo que dirán o *ya lo han dicho*: ‘Más valiera que ni Dios te la diera ni así nos la contaras, porque siendo

notablemente mala y distraída, fuera para ti mejor callarla y para otros no saberla” (II: 41). El hecho de conocer la existencia de la primera parte del relato de su vida y cómo ha sido recibida ésta, explica la necesidad de enfatizar los “verdaderos” fines buscados con un tono defensivo. Sin embargo, este temor a ser mal interpretado no sólo puede hacerse extensivo a los primeros capítulos de la primera parte sino a toda la obra. Más aún, como se ha señalado previamente, este tono defensivo es compartido por Alemán, quien utiliza la misma estrategia en sus prólogos y dedicatorias.⁸ Finalmente, Guzmán lleva una mejor cuenta que Alemán sobre los eventos importantes del relato. Se puede decir que tiene idea de la totalidad de la obra, ya que es el único que menciona “la cuenta” que hizo “con el almohada ...de que vino a resultar el triste arrepentimiento” (II: 40); es decir, el momento de su supuesta conversión.

Al iniciar el capítulo, Guzmán se dirige a un interlocutor en un tono íntimo al llamarlo “amigo”. “Le dice que lo llevará a un “dichoso fin” pero antes tendrá que atravesar pedregales y malezas (II: 39). Sin embargo, advierte que será fácil convencerlo de hacer tan difícil viaje en la medida que le prometa llevarlo a su deseo. ¿Cuál puede ser el deseo del lector? Quizá se refiera a los “vinos blandos y suaves” de los que hablaba Alemán en la primera parte, es decir, a cierta dosis de entretenimiento que le ayuden a la digestión de las cosas graves (I: 112). A continuación señala que lo que acaba de decir no es para su lector, sino para aquellos que como él, que preferiría, sin duda, la picardía del tema, ahora se está dirigiendo a los doctos lectores.

En el segundo párrafo Guzmán reconoce estar hablando a ciegas, sin propósito alguno; arroja “la piedra sin saber adónde podrá dar... porque todos me la deben” (II: 39). Esta es una figura compleja pero muy interesante. No saber adónde dirigir sus esfuerzos significa no tener un derrotero seguro; por otro lado, Guzmán busca, mediante el relato de su vida, agredir a su interlocutor. Guzmán, a diferencia de Cristo, sí está dispuesto a arrojar la primera piedra para acusar a la humanidad: “A mí me parece que son todos los hombres como yo, flacos, débiles, con pasiones naturales y aun extrañas” (II: 40).

Nuevamente se siente obligado a pedirle perdón a su lector, no sólo por ser éste un relato molesto, sino para conseguir lo que pretende sin especificar

8. Esta coincidencia del autor y su protagonista en el tono defensivo de escritura ha sido notado, entre otros, por C.A. Longhurst, quien señala que exactamente el mismo modo de escritura se encuentra en el prólogo del mismo Mateo Alemán, donde se percibe el mismo hábito de tratar de anticipar y responder toda serie de críticas y objeciones (86).

una vez más su propósito. Se trata de una nueva agresión al lector que coincide con la acción poco sincera de pedirle perdón. Esta intención viene sazónada con el relato del yerno, que tiene que adular al suegro para conseguir casa y comida sin esfuerzo alguno. Del mismo modo, Guzmán engaña a sus lectores para convencerlos de su propósito. “[P]ara que los *fin*es no se yerren... conviene hacer fuerte examen de los *principios*” dice Guzmán (II: 40; nuestro énfasis). En esta frase se encuentra un juego conceptista basado en las distintas acepciones de *fin* y de *principio*. Mediante la primera palabra, Guzmán se refiere a la *conclusión* de la historia de su vida así como a los *propósitos* buscados. Estos dependen, a su vez, de los principios, es decir, de la *primera parte* de la obra así como de los *lineamientos* ya trazados en ésta.

El fin buscado consiste en el aprovechamiento del lector para liberarlo de los peligros del mar donde navega. La perdición de Guzmán servirá como tabla de salvación para el lector. Todo parece apuntar a delinear el libro como medio para enseñar “por su contrario / La forma de bien vivir”, tal como señala Hernando de Soto en su soneto laudatorio a la primera parte de la obra (I:121). En efecto, Guzmán enfatiza que “aquesta confesión general... no es para que me imites a mí; antes para que, sabidas, corrijas las tuyas [tus pecados] en tí” (II: 42). Advierte, que aunque el “sujeto es humilde y bajo” es necesario digerirlo muchas veces para convertirlo en tema “importante, grave y grande” (II: 41).

Guzmán insiste que el ejemplo de su vida es una atríaca violentísima; es decir, remedio para aquellos que quieran enmendar su vida y veneno para las “sabandijas dañosas” y los “animalazos fieros” como él mismo. Guzmán se yergue en personaje justiciero dominado por un sentimiento de venganza para con sus semejantes cuando señala con tono exaltado que “¡Hermosamente parecieran, si todos perecieran!” (II: 43-44). Por cierto, sus aventuras servirán como la luz del “pedreñal herido, que la sacan dél para encenderla en otra parte, quedándose sin ella” (II: 45). La posibilidad de salvación no es para él; para sí mismo, Guzmán “no alcanza la salud” (II: 43). Se trata de la dialéctica de victimario y víctima que tanto Guzmán como Alemán establecen con sus interlocutores. Para algunos críticos, la necesidad de Alemán (y de Guzmán) de convertirse en juez de su prójimo, supone la alianza con los poderosos, y responde a la necesidad de desviar la atención del origen humilde y el linaje oscuro tanto del creador como de la criatura creada⁹.

9. Nos referimos al origen de converso de Mateo Alemán.

Todo parece apuntar a un único propósito, sin embargo, Guzmán demuestra la existencia de varios propósitos, mediante el ejemplo del diestro trinchante a la mesa de su amo. Este, al igual que Guzmán, pretende con los distintos platos contentar a todos con excepción de sí mismo, que queda “cansado y hambriento” (II: 43) ¿Quién obliga al siervo a contentar a los convidados? Sin duda, se trata de la autoridad del amo. La “conversión” o mejor dicho “el triste arrepentimiento” de Guzmán había consistido en someterse a la autoridad de los poderosos, volverse sumiso como se vio previamente. De hecho, Guzmán señala que el vicio es muy poderoso porque nace “de un deseo de libertad, sin reconocimiento de superior humano ni divino” (II: 44). El pícaro Guzmán ha aprendido que debe aniquilar cualquier deseo de libertad, es decir, cualquier impulso de transgredir nuevamente las jerarquías sociales y darse cuenta de que es imposible insertarse en la cúpulas del poder por un golpe de suerte.

A modo de conclusión, se puede señalar que, en sentido estricto, no se da una conversión moral y religiosa del personaje. Aparentemente, se trata de un problema exagerado por la literatura crítica de la obra. Sin embargo, sí se produce una transformación del personaje y ésta consiste en la necesidad que tiene Guzmán de reinsertarse en su medio social. La prisión en las galeras significa para Guzmán la expulsión definitiva de su entorno, sin embargo, mediante su sumisión a las autoridades de turno intenta reinsertarse. La delación de sus compañeros de galera consiste en el paso obligado hacia tal propósito, Mas aún, esto se ve confirmado en su prólogo cuando Guzmán señala vengativamente que estaría satisfecho si consiguiera destruir a pícaros como él, a quienes llama “salandrijas dañosas”.

La muerte de Soto significa efectivamente, para Guzmán, aniquilar su lado rebelde tal como señala Brancaforte. Guzmán, en su prólogo, dice claramente que el vicio “nace del deseo de libertad.” Por cierto, Guzmán también sabe que esta acción propicia la aniquilación de sí mismo.

Con respecto a la compatibilidad entre los propósitos de Alemán con los de su personaje, es evidente que ambos coinciden en enfatizar la necesidad, ya sea de someterse a una autoridad (caso d Guzmán) o de acogerse bajo su protección (caso de Alemán en las dedicatorias). Por otro lado, ambos coinciden en ofrecer la narración del personaje como antídoto, es decir, como ejemplo que no debe ser seguido. Alemán no duda, para ello, en destruir moralmente a su personaje. El mismo Guzmán se representa como el pedernal del cual se obtiene la luz para quedarse al final sin ella. De esta manera, Alemán al domesticar la rebeldía de su personaje, se domestica a sí mismo.

OBRAS CITADAS

Alemán, Mateo

1987 *Guzmán de Alfarache*, 1599, 1604. Ed. de José María Micó. 2 vols. Madrid: Cátedra.

Arias, Joan

1977 *Guzmán de Alfarache: The Unrepentant Narrator*. London: Tamesis Books Limited.

Brancaforte, Benito

1980 *Guzmán de Alfarache: ¿conversión o proceso de degradación?* Madison.

Delgado Gómez, Angel

1986 "La autobiografía y la segunda persona: El lector del *Guzmán de Alfarache*". *Revista chilena de literatura* 27-28: 77-81.

Johnson, Carrol B.

1978 *Inside Guzmán de Alfarache*. Berkeley-Los Angeles-Londres: University of California Press.

Longhurst, C.A.

1987 "The problem of Conversión and Repentance in *Guzmán de Alfarache*." *A Face Not Turned to the Wall*. Leeds: Department of Spanish and Portuguese, University of Leeds, 85-110.

Porqueras Mayo, A.

1957 *El prólogo como género literario. Su estudio en el Siglo de Oro español*. Madrid: Consejo superior de investigaciones científicas.

1968 *El prólogo en el Manierismo y Barroco españoles*. Madrid: Consejo superior de investigaciones científicas.

Silverman, Joseph H.

1977 "Preface." Joan Arias. *Guzmán de Alfarache: The Unrepentant Narrator*. London: Tamesis Books Limited.